



FOTO: DRAGOMIR YANKOVIC / ATON

Antonia Anastassiou:

“Hemos pasado de una filantropía tradicional, un poco a ciegas, a una más estratégica”

Paulina Modiano

En la década de 1920 George y Gabriel Mustakis Dragonas, nacidos en la isla de Cefalonia (Grecia) arribaron a Chile. Eran hijos de una familia dedicada al comercio —principalmente productos agrícolas— que tras la Primera Guerra Mundial emigró a Nueva York. Ahí partieron con un negocio de alimentos, pero prontamente se dieron cuenta que no era lo suficientemente rentable para sustentar a toda la prole.

Fue entonces que George puso la mirada en nuestro país, al que comenzó a viajar constantemente ya que se dio cuenta que había granos y otros insumos similares a los de Grecia. En uno de esos periplos conoció a Antonio Gianoli, con quien se asoció y fundó “Gianoli, Mustakis & Compañía Ltda.” y se asentó definitivamente en Valparaíso. Al poco tiempo su hermano Gabriel también se radicó en Chile y fueron ampliando su espectro de

“Esto implica poner la misma disciplina que se exigiría en una inversión financiera, pero al servicio no de un retorno monetario sino que social”, dice la directora de comunicaciones de la Fundación Mustakis.

operaciones a otras áreas como el molibdeno —a través de Molybmet— en la que actualmente tienen participación junto a otros socios.

Entre las décadas de 1950 y 1980, como una forma de retribuir las oportunidades que habían tenido en tierras chilenas, los hermanos Mustakis apadrinaron a 13 escuelas públicas, que desde entonces son denominadas escuelas República de Grecia.

Posteriormente, en 1996, se constituyó la Fundación Mustakis y un año después se iniciaron los primeros programas educativos, guiados por los valores clásicos de la cultura helénica, que consideran el desarrollo integral de las personas en distintas dimensiones, más allá de lo cognitivo y lo físico.

“En todo este desarrollo empezamos a caminar y el próximo año vamos a cumplir ya tres décadas de existencia, bastante más maduros en nuestra concepción de la filantropía”, dice Antonia Anastassiou, actriz de profesión y directora de comuni-

caciones de la fundación.

“Hasta hace 10 años no nos conocíamos”

—Hablas de madurez. ¿En qué se refleja aquello?

—En que hemos pasado de una filantropía tradicional, un poco a ciegas en su actuar y sus donaciones, a una más estratégica, que implica poner la misma disciplina que se exigiría en una inversión financiera, pero al servicio no de un retorno monetario sino que social. Eso demanda contar con evidencia, foco, medición, escala y compromiso, porque finalmente el rol de la filantropía de cara a la sociedad es súper importante.

—¿Y quiénes conforman hoy el mundo de la filantropía en Chile? ¿Son empresas, familias, organizaciones, personas naturales?

—Es una mezcla. Hay fundaciones familiares, organizaciones sociales que ven un problema e implementan proyectos, empresas que tienen un área importante

de responsabilidad social o donantes individuales. Son una serie de actores y formatos. Pero creo que hay algo muy importante: hasta hace unos 10 años no nos conocíamos entre todos; cada uno hacía sus cosas más o menos por su cuenta, pero luego empezamos a hacer alianzas estratégicas que, con el paso del tiempo, han tenido muy buenos resultados.

—Hasta la aparición del Centro de Filantropía e Inversiones Sociales de la Universidad Adolfo Ibáñez, no había una información cuantitativa sobre el área.

—Claro, cuando surgió el Barómetro de la Filantropía desarrollado por el centro, y cuyos primeros resultados fueron entregados el 2019, recién ahí pudimos obtener datos más concretos, conocer qué papel jugaba cada actor y eso nos ha permitido ir profesionalizándonos como sector. En el segundo Barómetro de la Filantropía, que abarca el período entre 2018 y 2023, hay un dato bien interesante: las donaciones tuvieron un alza cercana al 57%, lo que equivale a unos 338 millones de pesos. Todo eso nos indica que es un sector que tiene que ordenarse, coordinarse, evitar duplicaciones y esa la fase donde estamos hoy.

—Desde hace una década la economía chilena se encuentra estancada, lo que implica una menor disponibilidad de recursos. Sin embargo, ello no parece haber afectado las donaciones por los datos que tú mencionas.

—No hemos visto ese impacto. Yo te diría que lo que más afectó las donaciones fue el caso “Convenios”, porque una gran cantidad de fundaciones registró una disminución de sus ingresos, ya sea por desconfianza o porque el Estado dejó de darles plata. Eso fue un golpe realmente fuerte y conformó el peor de los escenarios, porque muchas personas dejaron de recibir beneficios. Hay que considerar que tres de cada diez personas en Chile han obtenido aportes de algún organismo de la sociedad civil en un momento determinado.

—Y centrándonos en la Fundación Mustakis: ¿cuáles son sus focos principales?

—Nosotros tenemos tres líneas de acción. Una es el aprendizaje para el desarrollo integral, donde realizamos nuestros propios programas, hacemos encuentros sobre innovación educativa, generamos convivencia y tratamos de involucrar tanto a alumnos y profesores para que logren incorporar nuevas metodologías que han probado tener buenos resultados en el ámbito de la enseñanza. Luego tenemos área de filantropía de alto compromiso, donde contamos con un ecosistema de 71 organizaciones para fondos concursables. A través de ellos hemos apoyado a 15 “audaces” —así se llama el programa que busca apoyar a líderes y organizaciones que buscan mejorar la educación en Chile— y tenido a 81 becarios. Los vamos acompañando con una mirada de sostenibilidad financiera, tratamos de generar modelos de negocios con ellos, lo que no significa que tengan



Entre 2018 y 2023 las donaciones aumentaron un 57%, lo que equivale a unos \$338 mil millones. Por eso el sector filantrópico tiene que ordenarse y evitar duplicaciones”.



Lo que más afectó las donaciones a las fundaciones fue el caso ‘Convenios’, ya sea por desconfianza o porque el Estado dejó de darles plata. Eso fue un golpe realmente”.

que autofinanciarse, porque uno no le puede pedir a una persona que vive en una población que encuentre clientes que pidan el servicio que ellos están prestando.

—¿Qué han hecho en concreto?

—Uno de esos organismos que hemos impulsado es la plataforma “Bien Público”, donde se paga por resultados. Por ejemplo, un programa que se hizo fue de electroescritura; se buscaron proveedores que tuvieran resultados en el tiempo, un evaluador externo, se definieron metas y en base a eso se pagaron los logros alcanzados después de su implementación. Al final de este contrato social, que se hizo en 50 establecimientos con 1.700 estudiantes, se logró disminuir la brecha digital desde el 79 al 22%.

—¿Ustedes hacen un acompañamiento mientras se están desarrollando los programas?

—Hay distintos niveles de profundidad. En el caso de los planes de aprendizaje diseñados y desarrollados por nosotros, efectivamente la observación, la evaluación y el acompañamiento es muy importante y hay mucha energía dedicada a ello. Ahora, cuando uno habla de impacto no es lo mismo que hablar sobre resultados, porque el impacto es más difícil de medir, es a muy largo plazo y muy caro.

“Estamos muy al debe con la colaboración”

—¿La fundación opera a lo largo de Chile o se concentran en zonas específicas?

—Estamos en varias regiones con un programa de ciencia y tecnología que hacemos en conjunto con universidades. También estamos en Frutillar en una alianza con el Teatro del Lago para actividades artísticas. Asimismo tenemos un programa propio que se llama “Circo Frutillar”, el que ya cumplió una década, y que ha tenido un impacto en la comuna súper positivo porque creó un ecosistema cultural diferente. Actualmente hay compañías de circo que antes no existían y que te van entregando herramientas para afrontar la vida, como la confianza en ti mismo y la perseverancia frente a los desafíos. El 88% de quienes han participado de esta iniciativa —porque lo hemos medido— considera que el circo ha sido una experiencia muy importante en su desarrollo personal.

—¿Cuál es la relación que tienen con el Estado?

—Tal vez la relación más directa es con los municipios, porque ellos tienen un contacto más inmediato con las necesidades de los habitantes de sus comunas. Actualmente estamos desarrollando en Recoleta, porque ahí está la sede de nuestra fundación, un plan que apuesta a que los quintos básicos de cinco colegios de la comuna vayan una vez a la semana a talleres para que puedan desarrollar su potencial cognitivo, físico, emocional y social por medio de experiencias innovadoras de aprendizaje.

—En las últimas décadas el fenómeno del individualismo se ha instalado

con fuerza en la sociedad. ¿Cómo lo han enfrentado ustedes y que impacto ha tenido en la filantropía?

—Ese es un tremendo tema. Creo que estamos muy al debe con la colaboración y con el respeto al resto. Es algo que hay que mirar con detención. Y por eso la filantropía y las organizaciones donantes tenemos un rol súper importante de ver cómo hacemos que cada peso invertido socialmente tenga mayor impacto. Eso apunta a tener una sociedad digna, compasiva, respetuosa y amable. Me parece que hay un tema valórico que se ha ido perdiendo. Yo tengo dos niñas chicas que no quiero que crezcan en un mundo tan individualista. Es importante aprender a mirar un poco más allá y ahí la responsabilidad finalmente está en los adultos. En la fundación también tenemos esa visión con proyectos como “Explora Mustakis”, que son seis sábados en el año donde se hacen actividades para toda la comunidad y en la que pretendemos que ojalá vaya toda la gente de Recoleta, y que tengan una experiencia distinta de vincularse como familia, pero también con otros, donde se mezcla todo tipo de gente; eso a mí me da esperanza de que haya vida. Es muy interesante lo que pasa ahí sociológicamente, porque te encuentras, te conoces, te respetas.

—Y en estas experiencias comunitarias más abiertas, ¿los ha afectado la inseguridad, que es la mayor preocupación de la gente en Chile?

—Ese es un aspecto súper importante porque todos queremos vivir seguros. Más allá de la seguridad en la ciudad, que es muy importante, también nos interesa crear espacios de confianza donde la gente pueda sentirse segura de sí misma, de poder hablar, equivocarse, percibir que sus ideas son igual de válidas que las de los otros. Yo confío que Chile va a cambiar positivamente, pero para eso tenemos que organizarnos mejor, poder sentarnos a la mesa no solo a conversar, sino que a codiseñar cosas para poder mirar el futuro de una manera un poco más estratégica, cada uno desde sus propios roles, para poder propiciar un cambio.

—Cómo proyección a largo plazo, ¿cuáles son las metas que tienen a futuro?

—Tenemos que seguir aportando a la filantropía, debemos ser un motor de colaboración, de asociatividad, de traer innovaciones de otros lugares y seguir reagrupándonos para darle forma a proyectos más consistentes. Sabemos que hay distintas necesidades en el área de la educación, como la convivencia escolar, la desertión, las brechas en materia de electroescritura. Allí la filantropía adquiere un rol muy relevante, porque podemos hacer prototipos, generar evidencia, realizar estudios y diseñar planes. Es un potencial gigante, que yo estimo que ya estamos abordando, pero falta mejor coordinación y una mirada a largo plazo, porque de repente pasa que cambia un alcalde y hay que volver a empezar todo de nuevo. Y eso, al menos en nuestro caso, ha sido lo más desgastante a lo largo de los años.